



Nº 32103

Rutina

Sale el sol, es un día de primavera. Una sombra baja por las calles, mientras la neblina de la noche aún pesa sobre la ciudad. Se abre la puerta de un restaurante. David se sienta en una mesa, y pide un cortado. La gabardina de alguno de los clientes cuelga lánguidamente del perchero, mientras la máquina del café retumba en los oídos del camarero. Rutina. Pura y simple rutina.

El periódico descansa en las manos de David, pero las letras se difuminan ante sus ojos, su mente está lejos, muy lejos de allí. Más allá del ruido, de las multitudes. Vuela libre, sobrevolando esa ciudad viajando hacia sus recuerdos...

“Era otoño. Las hojas, doradas, rojas y amarillas, descendían hasta aterrizar suavemente en los caminos que recorrían el parque. David paseaba, como cualquier otro día, por esos caminos. No trabajaba, pero no acierta a recordar si era sábado, domingo o festivo. De entre los árboles salió un gato negro, que se cruzó en su camino. David nunca había sido supersticioso. Alguien le llamó al móvil en ese momento.

Distraído mientras hablaba, una mujer chocó contra él. Varias hojas revolotearon hasta posarse en el suelo. Una voz femenina, dulce, llegó hasta sus oídos.

-¡Perdón! Estaba algo despistada y...

Cuando la miró dejó de oír su voz. Recordaba demasiado bien esa cara, y esos ojos marrones.

-¡Ana! –ella posó su mirada en él, al principio desconcertada, pero, poco a poco, el reconocimiento brilló en sus ojos.



¿David?

-Sí. ¡Cuánto tiempo! No nos veíamos desde... –dudó–.

-Justo antes de la universidad.

-¡Cierto! ¿Cómo te va la vida?

-Bien, muy bien.

Empezaron a quedar. Al parque, a tomar café, cine y palomitas. Parecía que la **alegría** había llegado a la vida de David y había roto de una vez por todas su tediosa existencia. Recordaron la vida de ambos. La gente decía que se les veía más alegres. Más vivos.

Un día, viendo las estrellas en el parque, empezaron a hablar de constelaciones. La conversación derivó hacia el Sol.

-¿Sabías que hay gente que afirma que dentro de algunos billones de años el sol explotará? –dijo Ana.

-No –respondía él– ¿Por qué tendría que explotar?

-Porque entonces será una estrella vieja. La explosión se producirá a su muerte, y puede que engulla Mercurio, Venus e incluso la Tierra.

-Pobres futuros humanos. Les compadezco.

-No lo hagas. Estamos matando el planeta.

-¿Cómo puedes hablar de una forma tan fría de la extinción humana?

-Porque será únicamente culpa nuestra.

Después de esa conversación, las citas empezaron a escasear. David pensaba que se había enfadado con él, por lo que un día se presentó en su casa, dispuesto a disculparse. Un rostro demacrado de tanto llorar asomó por la puerta.



-¡Ana! ¿Qué te pasa? –preguntó David angustiado.

Ana cerró la puerta de golpe y no contestó. David llamaba a la puerta.

Ábreme, decía. Entonces, ella le dijo que se fuera mientras las lágrimas corrían por sus mejillas.

-No pienso irme sin saber qué te pasa –contestó. Un suspiro y la puerta se abrió con suavidad.

-Pasa –dijo ella– por favor, siéntate.

-¿Qué te pasa? –repitió él, haciendo caso omiso de la invitación.

-Llevo tiempo guardando este **secreto** pero... –Su rostro dudó– pero me muero.

La cara de David sólo expresaba una milésima parte de lo que ocurría en su interior. Todo el mundo que había logrado construir, todo su mundo, se había roto en cuestión de segundos.

-¿Qué?

-Tengo cáncer –respondió ella.

-¿Desde cuándo?

-Me lo diagnosticaron el día de las estrellas –seguía llorando– los médicos no pueden hacer nada.

-Ven aquí- dijo David abriendo los brazos –Ven aquí.

Él la abrazó mientras ella sollozaba en su hombro. No le importaba el resto del mundo, ahora ella le necesitaba.

Los médicos sólo le dieron dos semanas, pero aguantó un mes. Siempre había sido una valiente, pensaba David, una luchadora. Ese mes se dedicó a distraerla todo lo posible. No había día que no la viera. La entretenía y se entretenía a sí mismo aunque no lo admitiera.



David no acudió al funeral. Ni siquiera se atrevió a mirar la esquela. Ana sonreía desde la segunda columna. Ofrecía su última sonrisa al mundo.

A la semana siguiente fue a dejarle flores. Lirios. Sabía que le encantaban”.

El sol acaba de salir. Ya es primavera. Una sombra se mueve por las calles. La puerta de un restaurante se abre. No hay gabardina, ni máquina del café. Los pasos de un hombre cansado por el tiempo y las desgracias hacen eco en la calle desierta. Rutina y siempre rutina.

Y, entonces, alguna vieja Underwood pone el punto final a la novela que empezó a escribir un otoño cualquiera.